

## *Hominis Batracicum*



Fui mudo testigo de una triste y silenciosa catástrofe. Fue como caerme en un río de corrientes rápidas, fugaces como el rayo, devoradoras como el vientre de un tornado enloquecido. Río de congojas que te lleva a donde la vida te lleva. Río de lamentos que vagabundea hacia todos los rumbos. Río de ríos, que se van sumando en un abrazo interminable... Río de ríos, que vaya a saber en que momento, se transformó en un bravío mar, de color azul verdoso.

Mecido entre el destino y el vaivén inagotable de las olas, mi cuerpo aprendía a vibrar con la furia de las tormentas desatadas. Hasta que aparecí flotando en el burbujeante vaivén de una playa transparente. Creí que no llegaba nunca. Creí que estaba cada vez más lejos. Y me dormí en la arena, y soné que era un batracio...

Los baldazos de agua que arrojaba el mar sobre la playa eterna, rugían en la noche iluminada por la luna, al compás del oleaje interminable que le lanzaba el océano, desde más allá del horizonte. Las rocas inmutables, permanecían indiferentes ante el rugir del mar leonino, como aquellas que había visto junto a los barrancos, impávidas ante el infinito precipicio.

En lo alto, una preciosa luna llena, arrastraba a través del cielo negro, los retazos luminosos que aun quedaban de aquel día que para siempre, se había ido. El tiempo había empezado a andar, andar y andar, para cada una de mis células...

Cuando desperté, mi cuerpo estaba raro. Moví mis manos, y entonces me di cuenta... Mi brazo se durmió para siempre en el silencio, la negrura y la impotencia, como aferrado a un arma que nunca llegó a utilizar. Pero mi otro brazo era perfecto en su forma, su fuerza y hasta bailaba, flotando ingrávito en el agua...

Los gritos del dolor conmovían el alma de quienes nada más que el mirar, podían hacer. Gaviotas, cormoranes y pelícanos, se arrastraban por el cielo muy de madrugada. Asustados. El espejo yacía en el suelo, fragmentado, multiplicando al infinito las imágenes de ese paisaje de infinitos. El trinar agudo de los pájaros, proclamaba al mundo su libertad errática y sin límites

Como retoños que brotaban de mi alma, las esperanzas se hacían vida entre las entrañas más profundas de mi cuerpo, animando a ese presente de naufragos perdidos, para proyectarse hacia el futuro incierto de esperanzas. Dos brazos, son dos brazos. Pero un brazo, también es un brazo.

Unas sombras apuradas pasaron entre las brumas más grisáceas. Alguien creyó

reconocerlas, pero las identidades de esos espectros estaban cruzadas a cuchillo. Aunque algunos no querían asomarse a los umbrales del sueño, por el miedo, al final siempre terminaban entre los brazos del Orfeo. Adentro, dormíamos en una dulce paz. Afuera, había calles saturadas, fábricas vacías y riachuelos inmundos, rellenos de miserias. Medias cabezas desde el agua emergiendo, donde nadie sabía bien que es lo que buscaban, ni hacia donde iban.

La vanidad se abrazaba a la tremenda responsabilidad de dar respuestas. ¿Qué hago acá? ¿Qué hacemos acá? El llanto interminable de aquellos que quedaron varados en un después permanente, retumbaba en el espacio todavía. Eran realidades masacradas, en perpetua mutación... Y en esos pasillos de aires apurados, las certezas no abundaban y las crisis desconcertaban a muchos.

El verdadero responsable permanecía oculto; y una sombra permanecía enroscada en la amargura, apoyado y a la espera de ese tiempo que parecía no pasar. No pasar.

Érase un botánico tan serio, que insultaba en latín antiguo a las tímidas y vanidosas flores del jardín del hospital *Paeonia lactiflora*, le decía a las sedosas rosas; *Argyranthemum frutescens* a las blanqueadas margaritas; *Pelargonium domesticum*, vociferaba contra los arrugados geranios. Traté de consolarlas a las pobres y pequeñas flores, y con un pañuelo de papel sequé sus lágrimas, una por una, diciéndoles que las palabras eran tan solo vientos que producen unos extraños ruidos, repetidos. Pero nunca me creyeron y a coro, me contestaron que la idea que las mueve a esas palabras, acaso es lo más terrible y lo que duele más.

Miraba al mar y lo contemplaba como a un útero inmenso, desde el cual hacia demasiado tiempo atrás, salió toda la vida de este mundo. Miraba al útero del vientre de mi madre y me veía flotar como en un solitario naufragio, en ese acuoso mundo. Mar y útero, útero y mar...

- *Según los estudios, es un malformado. No conviene seguir para adelante con este embarazo, señora... Es más, conviene aprovechar ahora, que todavía es un embrión, y sacarlo.*
- *¿Es un embrión?*
- *Si. Se saca y listo. Es un embrión, no tiene vida todavía... Una semilla que empieza a dar su brote, no es la planta todavía. Es como una muela, que si a usted le molesta, hay que sacársela.*
- *¿Y no se puede arreglar, hacer algo...?*

Llueve y llueve... El cielo esta muy triste. Hubo un silencio en el que me sentí aun más solo todavía. Y el metal desgarró a las tibias nubes de mi mundo. Y se fueron el mar, se fueron las olas, los pájaros y el latir que era tan mío... y nunca mas el presente, fue presente para mi. He sido castigado, borrado de la historia, por no haber pasado con éxito el control de calidad... Yo hubiese podido amar, aunque me faltase un brazo.

Pero vida y muerte, muerte y vida, guardaran el secreto para siempre, del tremendo poder de no poder volver atrás. Nunca más... Hay un instante del morir y otro del nacer. Un instante en el que la vida llegará, y otro, en el que se marchará...

Érase un botánico tan serio, que insultaba en latín antiguo a las tímidas y vanidosas flores del jardín del hospital. *Paeonia lactiflora*, le decía a las sedosas rosas; *Argyranthemum frutescens* a las blanqueadas margaritas; *Pelargonium domesticum*, vociferaba contra los arrugados geranios. *Hominiis embrionicus*, solía declamar enojado, golpeando un puño, con el ceño fruncido y la cara enrojecida, mientras hablaba de un pedacito de carne que ya no latía...

*fin*